

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 428.

Alicante 15 de Febrero de 1879.

Año X.

EL ANIVERSARIO

de la muerte de Pío IX.

Un año hizo el día 7 que el Santo Pontífice, en quien durante un larguísimo período vimos personificada la representación de Jesucristo en la tierra, dejó este mundo que había iluminado con rayos de tan esplendente luz, para volar á recoger en el cielo aquella corona gloriosa, que había conquistado con merecimientos tan preclaros y con dolores tan amargos como los que resumieron su preciosa existencia.

Ingratos seríamos para con Dios, que tal Pontífice dió á su Iglesia, y con el Venerable Augusto Anciano que tanto bien hizo á la cristiandad, si en esta ocasion no renováramos su recuerdo siempre dulce, y no aprovecháramos la luz de sus enseñanzas siempre oportunas en revivar nuestro celo por la Iglesia Santa, á la que tanto bien hizo.

Pío IX fué uno de los Pontífices más grandes que han existido, porque con pocos ha obrado el Señor como con él las maravillas de su brazo, y porque sus actos fueron ver-

daderamente extraordinarios: motivos ambos que han de hacer siempre gloriosa su memoria.

El largo y excepcional Pontificado con que se vió favorecido; los riesgos grandes de que se vió providencialmente libertado, ya cuando las sectas secretas atentaban á su preciosa existencia, una de cuyas tentativas ocasionó la muerte de Mons. Palma, que recibió el tiro que sin duda iba dirigido al Papa; y cuando escapó de la persecucion de que fué objeto, huyendo disfrazado á Nápoles entre mil peligros; las luces especiales que recibió del cielo para conocer los puntos graves que debía definir para bien de la Iglesia, y la oportunidad y sabiduría con que lo hizo; la fortaleza de su espíritu y el vigor de su inteligencia que le acompañaron hasta el sepulcro, á pesar de su decrepitud y avanzada edad; y, finalmente, aquella abundancia de gracia que tales frutos de virtud y santidad produjeron en aquella alma superior, no dejan duda alguna acerca de la predileccion con que el Señor se complacia en aquel su siervo, á quien tenía al frente de la Iglesia fundada con la muerte del Hijo de Dios.

Los grandes hechos de Pío IX, sus glorias y sus dolores, sus virtudes y sus enseñanzas, ¡cómo recordarlos sin emoción, y sin sentirnos impulsados á admirarlos por lo gloriosos, y á agradecerlos por lo fecundos!

La grandeza de Pío IX ha de presentarla la historia aún más de relieve al ir consignando los grandes frutos que ha de producir la obra de su Pontificado. Porque sus definiciones y sus condenaciones fueron como semillas que dejó en el campo de la Iglesia, para que fructificáran con el tiempo y dieran ópima cosecha al irse desenvolviendo los hechos que las motivaron.

Los nuevos vínculos que estableció entre el cielo y la tierra proclamando la Concepción Inmaculada de María, poniendo la Iglesia bajo el amparo de San José, coronando con los honores de la Santidad á tan gran número de gloriosos siervos de Dios, han de hacer sentir sus saludables efectos en las nuevas tempestades que combaten la barquilla de Pedro, y en las grandes perturbaciones que amenazan al pueblo fiel, como empezaron ya á experimentarse en la feliz y tranquila elección del Pontífice reinante, á quien el Espíritu-Santo designó como el más digno de suceder á tan gran Papa.

Las luces que derramó sobre el mundo al marcar á la revolución y á todas sus obras con los infernales caracteres de que está revestida, en los momentos en que por sus hechos no había aún mostrado el virus que la animaba; la persecución que hizo

al catolicismo liberal, que tanta fuerza daba á la revolución paralizando el esfuerzo de los buenos y sirviendo de avanzada á los malos, hasta dejar á esta secta espirante; la claridad y vigor en que separó el bien del mal, la verdad del error, por medio del *Syllabus*, reforzado luego con los cánones del Concilio Vaticano, la grande obra de su Pontificado; y la fuerza que aseguró á la autoridad de la Silla Apostólica, y la garantía que dió á la conservación de la fé por medio de la declaración de la Infalibilidad, el gran acto de la historia contemporánea de la Iglesia; todo esto son semillas cuyos frutos se han de ir produciendo á medida que los tiempos avancen, y los hechos que se vayan desenvolviendo reciban los rayos de esta luz que encendió en las cimas del Vaticano.

Loor, pues, al gran Pontífice: veneremos hoy su memoria, y si una lágrima de ternura se escapa de nuestros ojos al recordar aquel rostro venerable que nos elevaba á Dios, y aquella voz que penetraba hasta lo más profundo del corazón conmoviéndolo, consolémonos al pensar en la gloria de que debe gozar un hombre en quien Dios tantas maravillas obró mientras vivía, y á quien negó el consuelo en la tierra de ver alejarse la tempestad que se cierne sobre la Iglesia, en señal sin duda de que se proponía darle un premio mejor en el cielo.

Y consolémonos volviendo los ojos al Vaticano, y contemplando en el trono que ocupó Pío IX á otro Pon-

tífice, marcado también con todas las señales que pone el cielo en sus escogidos, y en quien podemos fijar nuestras primeras esperanzas.

Hoy todo el pueblo cristiano ofrece ante la majestad de Dios oraciones y sufragios que acreditan la gratitud de sus hijos en Jesucristo, y que aceptados misericordiosamente han de volver á caer sobre la tierra como saludable rocío que dé consuelo á los buenos y fortaleza á la Iglesia, abreviando los días de prueba que sobre esta pesan para castigo de su pueblo rebelde.

Pero no nos contentemos con una admiración estéril y con actos meramente espirituales. Ayudemos materialmente á la Iglesia en sus necesidades, como madre nuestra que es, y como que tiene derecho á los subsidios que nos reclama en nombre de Jesucristo, que nos ha dado todo lo que tenemos, así como nos lo puede quitar cuando bien le parezca.

Si la limosna es un acto no solo de devoción, sino obligatorio en muchos casos; cuando Leon XIII nos la pide, como la pedía Pio IX, el rehusarle una parte de nuestros sobrantes sería declararnos hijos duros é ingratos, indignos de los favores que Dios, por medio de esta Iglesia que hoy pide limosna, nos concede y nos concederá aún en los peligros que nos amenazan.

Nuestros obispos nos invitan de parte de nuestro padre comun á cumplir con esta obligación de sostener el Pontificado que vive solo del óbolo de sus hijos; no desoigamos, pues,

su voz. ¿Cómo acreditaríamos ser hijos legítimos de la Iglesia Santa y verdaderos católicos, si no respondiéramos á tan alta é importante invitación? ¿Qué responsabilidad tan grave no contraeríamos á los ojos de Dios, si por un insensato y miserable egoísmo viéramos privada de los medios materiales para la vida á la cabeza visible de la Iglesia? No lo permita el cielo; ántes bien acudamos con pronta voluntad, celo y eficacia al socorro de necesidades tan preferentes cuanto dolorosas para los corazones sinceramente cristianos.

Esta será la mejor prueba de amor que podremos dar al gran Pontífice cuya memoria celebramos, y en cuyo honor consagramos estas líneas.

¡Gloria á Pio IX!

* * *

EJERCICIOS ESPIRITUALES

de las Hijas de María.

Conforme á lo que anunciamos en el número anterior de nuestra Revista, el domingo último tuvieron fin los ejercicios espirituales que, bajo la dirección del Rdo. D. Enrique de Ossó, fundador de la Archicofradía Teresiana en esta ciudad, se han verificado durante cinco días en la iglesia de Religiosas Capuchinas.

Al dar cuenta de la terminación de tan santos ejercicios, lo hacemos verdaderamente con pena, porque

hubiéramos querido que, á ser posible, se hubieran prolongado por algunos dias más actos tan piadosos como provechosos; tal es la convicción profunda que abrigamos de la utilidad verdadera que han reportado y han de reportar cuantas veces se repitan.

Abstraerse casi por completo del movimiento del mundo, cerrar los oídos á su vana locuacidad y abrirlos solo á la palabra divina, á la que se ofrece albergue en el propio corazón y en el lugar preferente de él; levantar la contemplación á las regiones celestiales en alas de la oración recogida y fervorosa; desasirse de antiguas y acaso arraigadas faltas para adornarse de santas virtudes; mejorar las propias costumbres y entrar en el camino de perseverar en este mejoramiento; servir de ejemplo vivó que, mientras acusa con sus actos á una sociedad parte corrompida, parte descreída, enseña á los descarriados el verdadero sendero que conduce al aprisco de la salud; sembrar abundantes semillas de virtud en terreno virgen para que den en su día ópimos frutos de santidad y buenas obras; formar corazones piadosos para que en tiempo oportuno puedan levantar, sostener y dirigir familias religiosas; sentar las bases en que estriba y se apoya la moralidad de la sociedad; en una palabra, formar el corazón de la mujer conforme á los sagrados modelos, los corazones de Jesús y de María, para que puedan servir á su vez de ejemplar y llenar cumplida y dig-

namente la misión que Dios le ha encomendado en la sociedad; tal ha sido, podemos decir así, el espíritu que se encierra y esconde dentro de los ejercicios piadosos de que nos ocupamos.

Y ¿quién puede poner en duda ni un momento la importancia y trascendencia inconmensurable de estos resultados? Sería interminable el entrar en consideraciones sobre estos puntos, porque la fecundidad de la materia extendería los límites indefinidamente. Baste decir, que la mujer es el espejo de la familia, y que á su vista, si por acaso los que la rodean no son buenos, al ménos han de avergonzarse de parecer malos. Formemos, pues, moral y religiosamente el corazón de la mujer, y tendremos formada en el mismo sentido la familia.

Tal ha sido el objeto á que han tendido las pláticas pronunciadas durante los ejercicios por los señores D. Enrique Ossó y D. Enrique Farach. Fácil, abundante y variado en la palabra el primero, elegante y expresivo el segundo, ambos á dos desplegaron un interés vivísimo en inculcar las verdades morales y en obtener los mayores resultados posibles; en honra de cuyos dignos sacerdotes nos cumple dejarlo aquí consignado.

El Vice-Director de la Asociación, D. Lorenzo Sanchiz, con el celo y asiduidad que le distinguen desempeñó las funciones propias de su cargo: las niñas del *Rebañito* entonaron diferentes himnos y cánticos, ame-

nizando de este modo la severidad de los actos, y ofreciendo por este medio las primicias de su inocencia en honor de María y de Santa Teresa de Jesús. El domingo terminaron los ejercicios con el *Te Deum* y la bendición con Jesús Sacramentado, después de haber sido la comunión general por la mañana.

De desear es que no se demore la repetición de tan interesantes ejercicios piadosos, para enseñanza moral y religiosa de la bella juventud y del pueblo en general, que no aprende poco en estos grandes ejemplos del sexo débil.

*

LA ENCÍCLICA DE SU SANTIDAD

Leon XIII

Y LA SOCIEDAD MODERNA.

I.

El eminente escritor católico Luis Veuillot decía (1) refiriéndose á «La palabra de Pio IX»: «Queda un Rey en la tierra que quiere y sabe desempeñar su oficio... El verdadero señor, el triunfador sereno y perpétuo, aquel á quien la conciencia universal elevará una estatua de oro, el que tendrá gloria permanente, de la que ha ya entrado en posesión, es este cautivo que uno de vosotros tiene allá en Roma encadenado sobre el Vaticano... éste ha venido á ser

un Sinaí y un Tabor. Haced al presente leyes: la única ley trueno del Sinaí; conquistad provincias: la única gloria irradiada del Tabor. Donde Dios ha puesto la justicia, allí está la paz y allí estará la victoria.»

Estas bellísimas frases del esforzado polemista son aplicables en un todo a egregio Pontífice que ocupa hoy día la Cátedra del Príncipe de los Apóstoles en medio del desprestigio de todas las instituciones y de la confusión de todas las ideas, su trono arraigase en los corazones de millones de fieles, y su palabra se impone al clamoroso rumor de las discusiones políticas y conquistase la atención respetuosa de Reyes y de pueblos, cuyos errores denuncia, cuyas maldades reprueba; este instintivo, irresistible impulso á que pueblos y reyes obedecen, da, á pesar suyo, cual otro Balaan, testimonio de la sobrenatural misión que Pedro viene llenando sobre la tierra.

Bien es verdad que, cual heraldos de la Divina Justicia, espantosos avisos han venido á conmover las modernas sociedades, haciéndolas sentir el horrible vacío que el liberalismo crea en torno de ellas; si las llamas de la «Commune» cual siniestro relámpago iluminaron la profunda sima á que se despeña la Europa, siguiendo la ruta abierta por los nefandos principios de 1789, el puñal de Passanante y los odiosos atentados de Hoedel, Nobiling y Oliva han mostrado que la autoridad es impotente para conjurar la disolución social cuando, frente á las masas que invocan doctrinas, sólo se presenta como fuerza que defiende intereses, cuando afecta basar su legiti-

(1) «L' Univers, 10 de Mayo de 1872.

midad sobre principios que implícitamente contienen las antisociales consecuencias que debe combatir en el orden de los hechos.

Pio IX, el santo Pontífice, había empleado toda su dilatada vida en luchar contra la Revolución: combatióla primeramente desprestigiándola mediante leales cenciones, que fueron en manos de aquella arietes que derruyeran el trono del generoso Papa-Rey; restituido á sus Estados continuó la lucha exponiendo y condenando sus principios: no hubo error que no experimentase el peso terrible de su anatema, y en su inmortal Syllabus, el protestantismo, el racionalismo, el liberalismo, el socialismo y el cesarismo eran reprobados á la faz del universo como enemigos de Dios y de la humanidad; ni escapó á sus miradas la maléfica influencia del clasicismo por el Renacimiento difundido, ni las perniciosísimas sofisterías del catolicismo liberal; divina luz en su infalible frente reflejada rasgó las densas nieblas que al siglo cubrían, impidiéndole conocer sus caminos.

Su época ha podido ser llamada *tempus destruendi*; su tarea, empero, no fué meramente negativa, ántes bien en el terreno que laboriosamente desbrozara, erigió dos robustas columnas en que asentar sólidamente la restauración en Cristo de las humanas sociedades: la proclamación dogmática de la Inmaculada Concepción y la definición de la infalibilidad pontificia: gracias á Pio IX, el mundo sabe lo que es y lo que vale la palabra de Leon XIII.

Así lo comprendió y comprende el liberalismo; por esto todos sus secuaces,

áun los que de católicos y conservadores blasonan, desde el momento en que la providencial elección del nuevo Papa fué conocida, trataron de establecer oposición más ó ménos pronunciada—entre Leon XIII y su antecesor Pio IX; vieron los sectarios que á poder convencer al mundo de que tal divergencia existía, enflaqueciase y se desprestigiaba la Autoridad Pontificia, privándola del sólido apoyo que la prestaban los hechos, tradiciones y doctrinas por aquel legadas: ardid que por lo gastado debió aparecer ridículo, pero que probaba á la par la decadencia intelectual en que la Revolución ha entrado, y su refinada malicia.

Leon XIII empero probó desde el principio de su Pontificado cuán vanas eran tan indignas maniobras, en la notable Encíclica «*Inscrutabili*,» que anunciara su feliz promoción á la Cátedra de San Pedro; mostró con profundo conocimiento y vivo celo los males que á la sociedad corroían; no repitió supérflua-mente condenaciones que escritas y vigentes permanecen, pero reivindicó para sí la rica herencia de actos y doctrinas por su santo antecesor dejada, y afirmada su autoridad y su prestigio emprendió el cumplimiento de su misión reparadora. Si á Pio IX fuéle dado cual á otro David quebrar la cerviz al gigante de la Revolución, no parecerá paradójico considerar á Leon XIII cual nuevo Salomón que restaure con su sabiduría el Santo Templo, donde es dada la paz á los hombres de buena voluntad; la restauración de la Iglesia en todo su esplendor y en toda la plenitud de su saludable influencia sobre las naciones y la consiguiente regeneración social de estas

tal parece ser la mision de este gran Papa.

Su Enciclica «Quod Apostólici» de 28 de Diciembre de 1878, es el magnífico programa de esta regeneracion: en ella, al paso que se combate al socialismo, se demuestra de qué modo la llamada cuestion social y aún la cuestion política son en el fondo cuestion religiosa, como, á pesar de la candidez de unos y de la hipócrita malignidad de no pocos, ha venido sosteniendo la llamada escuela ultramontana, y se reescriben los casi borradas lemas de la bandera católica. Este importantísimo notable documento es no ya la condenacion de errores que debemos repeler, sino la proclamacion de las verdades que en el órden religioso, político y social debemos profesar; es la reivindicacion enérgica y razonada de los derechos de Dios frente á los pretendidos «derechos del hombre», y en este sentido vemos en ella, con el ilustre conde De-Maistre, el feliz principio de la contrarevolucion.

Es efectivamente cierto que la Revolucion, si bien se apoya en intereses y pasiones bastardas á su calor engendrados, saca empero toda su vitalidad de la espantosa confusion de ideas reinante en nuestra época, á la que retrata la profética frase: «Diminutæ sunt veritates a filiis hominum»; hoy, como en la Babel bíblica, háuse confundido las lenguas, y no es difícil hallar quien se apellide amante de la libertad y abdique su dignidad de hombre y de cristiano ante la innoble dictadura, como es frecuente observar conservadores que temerosos de debilitar la autoridad sujeten la palabra de Dios al visto-bueno del César, monárqui-

cos que admiran la ideal perfeccion de la República, enemigos de la demagogia que truenan contra las gerarquias sociales y hombres de órden que rechazan la tradicion. «La Revolucion», ha dicho el eminente publicista D. Gabino Tejado, «vive del equívoco»: exponer la verdad es desacreditarla y destruirla.

Exponer la doctrina contenida en la Enciclica «Quod Apostólici», de este exacto y expresivo comentario del Evangelio, considerado como Código social y político de la humanidad regenerada por Jesucristo, tal es el objeto que se proponen los presentes artículos.

E. P. E.

CRÓNICA RELIGIOSA.

Carta del Ex-Padre Jacinto.

El «Evenement» publica la carta siguiente que acaba de ser dirigida al arzobispo de Paris por M. Jacinto Loyson:

«Eminencia:

Una iglesia católica galicana se abrirá en Paris el domingo 9 de Febrero. Hubiésemos querido estuviese bajo vuestros auspicios. Desgraciadamente el sistema religioso que ha triunfado algun tiempo en nuestra patria, obliga al sucesor de San Dionisio á condenar como heréticas las doctrinas que han sido por mucho tiempo la fuerza y la gloria de la Iglesia de Francia, y le prohíbe al mismo tiempo acepte las reformas más urgentes que reclama el estado de la sociedad, y que

no harian mas que hacernos volver al espíritu del Evangelio y á la práctica de los primeros siglos.

En estas dolorosas condiciones, hemos tenido que dirigirnos al episcopado de una iglesia vecina, que hace profesion de permanecer católica, aun cuando es reformada, y hemos pedida á ese episcopado nos conceda, hasta que lleguen mejores tiempos, la ayuda y direccion que nos niegan nuestros obispos.

Contestando á nuestro llamamiento y como delegado del episcopado anglicano, el venerable primado de la iglesia de Escocia nos ha escrito en estos términos:

» En virtud de la gran mision recibida de Cristo por el episcopado para la defensa de la fé, para el gobierno de la Iglesia y para la proteccion de los que sufren por ella, los Obispos de la comunión anglicana, reunidos en Lambeth, han autorizado á un comité de sus propios miembros á ofrecer la ayuda necesaria á las comunidades cristianas que, queriendo sacudir el yugo intolerable de la usurpacion papal y de los dogmas nuevos y no católicos que se les quiere imponer, pidieren socorros para reformarse sobre el modelo de la Iglesia primitiva. Como miembros de una de esas iglesias oprimidas, vos y vuestros hermanos habeis aprovechado este ofrecimiento y apelado á este comité. El comité respondiendo á vuestro llamamiento, me ha delegado para ponerme en contacto con vos, y os ha dirigido á mí para recibir mis direcciones y la ayuda que necesitais.

» Estoy dispuesto á emprender la obra que me ha sido confiada y, reconociendo vuestra mision fundada sobre los princi-

pios enunciados en vuestra carta, á ofrecer una vigilancia provisional y á ponerlos en situacion de poder conferenciar oficialmente conmigo sobre los detalles de la obra á que os habeis comprometido.

No añadiré nada, Emiñencia, á estas palabras nobles y católicas. Insisto sólo en este punto importante; que la mision tan generosamente aceptada por el primado de Escocia, como él mismo lo hace notar, es una mision provisional. El dia en que el sucesor de San Dionisio no haga oír á la Iglesia de París más enseñanzas que las de San Dionisio, no tendrá diocesanos más sumisos que nosotros, y desde ahora, á pesar del abismo que se ha abierto entre su conciencia y la nuestra, no los hay que profesen un respeto más profundo á su persona y á su Sede, ni que oren con más fervor por los grandes intereses que le están confiados.—Jacinto Loyson, Pbro.»

Esta repugnante y atrevida carta ha sido contestada con paternal solicitud y con miras caritativas por su Emma. el Cardenal Arzobispo de Paris en los términos siguientes:

Carta del Cardenal Arzobispo de Paris.

Paris 2 de Febrero.

A M. Jacinto Loyson.

Al recibir vuestra carta del 6 de Enero, me he preguntado en vano qué motivos habian podido induciros á dar un paso que prohiben las más vulgares nociones del trato social. Mientras persistais en vuestra triste apostasia, ninguna relacion es posible entre vos y los que

habeis herido, despues que os habian colmado de pruebas de benevolencia.

Pero cuando he conocido vuestra intencion de publicar esa carta en los periódicos, he comprendido que os querias servir de ella para hacer un poco de ruido en torno del nuevo culto que vais á inaugurar en la calle de Rochechouart. Esto me decide, á pesar de mi repugnancia, á contestaros, para no esponeros á la tentacion de abusar de mi silencio.

Muy difícil me seria espresar lo que siento al escribiros: es un sentimiento mezclado de terror y de compasion. Veo en vos un temible ejemplo de los castigos que Dios ejerce sobre un alma colmada al principio de los favores de la gracia en una vocacion sublime, pero caída luego en el abismo de la más culpable infidelidad. Habeis dejado penetrar en vuestro espíritu el orgullo que ciega, y en vuestra celda de religioso las imágenes de los goces que os habiais prohibido con sagrados juramentos. La doble tentacion que os atormentaba ha turbado vuestra razon y triunfado de vuestro escaso valor. Entonces lo que era objeto de vuestra fé ha dejado de ser verdad á vuestros ojos; los santos objetos de vuestro amor no han tenido ya encantos para vuestro corazon. Hace muchos años arrastrais por muchos sitios vuestra desgracia y vuestro decaimiento, sin poder hallar la paz que huye de vos. Esa paz que solo Dios da, habeis concluido por ir á pedir á aquellos mismos que la han perdido por la misma falta, rompiendo la unidad de la Iglesia.

Os jactais tal vez de hallar en los hombres, por el éxito de vuestra palabra, el testimonio que os rehusa vuestra con-

ciencia; pero esto será para vos una decepcion más. En torno de vuestra tribuna cismática se verán algunas personas sin creencias, atraidas por la curiosidad; mas no se verán discípulos, vuestra secta no tendrá adeptos; no llegareis ni aún á la fortuna de la «Iglesia française» de Châtel, que despues de cierto número de reuniones que se asemejaban á representaciones teatrales, desapareció en la indiferencia y en el desprecio.

¿Y qué sitio habeis escogido para establecer vuestra cátedra de error? La ciudad misma donde se eleva esa cátedra de verdad ilustrada por grandes oradores, y que vos mismo ocupasteis en otro tiempo con algun éxito. Vuestros oyentes confundidos buscarán los motivos que os han hecho pasar de la una á la otra, y no los hallarán ciertamente que puedan honrar la nueva mision que habeis emprendido.

No terminaré esta carta sin recordaros que habeis dejado de ser católico, sean los que fueren los títulos que os plazca tomar. La Iglesia os ha expulsado de su seno; estais bajo el peso de sus excomuniones. No se puede ser católico á pesar de la Iglesia, y sus verdaderos hijos saben que les está prohibido ir á oír vuestras doctrinas heréticas.

Al dirigiros estas palabras severas, cumplo con un deber de mi cargo, y no me siento animado sino por el deseo de salvaros. No olvido que nunca se debe desesperar de la salvacion de una alma. Dia vendrá tal vez en que amargas experiencias preparen vuestro arrepentimiento, y os traigan á la via que habeis tenido la desgracia de abandonar. Ruego á Dios os conceda esta gracia, y os dé

tiempo de hacer penitencia antes de llamaros á su tribunal. Ojalá repareis pronto los escándalos que habeis dado á la Iglesia y á vuestros hermanos.

Este deseo es el único sentimiento que puedo expresaros.—J. Hip., Cardenal Guibert, arzobispo de Paris.»

Parece que el gobierno italiano siente veleidades de resolver conforme á justicia la cuestion de los Obispos que habia provocado, colocándose en oposicion con los famosos principios de la «Iglesia libre en el Estado libre de la incompetencia del Estado en los asuntos eclesiásticos,» etc.

Por la ley de garantías, el gobierno italiano ha renunciado á mezclarse en la eleccion de Obispos; pero al mismo tiempo ha pretendido reservarse el derecho de conceder el «exequatur» á las Bulas de nombramiento de Obispos.

Esto constituye una contradiccion y un abuso. ¿De qué sirve dejar á la Santa Sede en libertad de nombrar los Obispos, si el gobierno puede negarles el «exequatur,» es decir, privarles de sus derechos, de sus rentas, y del ejercicio eficaz de su jurisdiccion?

Como ese abuso no toca al acto del nombramiento, propiamente dicho, la Santa Sede, para evitar mayores males, tolera el «exequatur»; así es que todos los Obispos le piden, pero no se concede sino despues de largas y enojosas formalidades, que duran meses y aun años.

Generalmente la negativa se funda en el pretexto de que el Obispo tiene tendencias demasiado «clericales», como si para complacer á un gobierno impio los Obis-

pos pudiesen profesar otros principios que los de la Iglesia católica, y como si el gobierno tuviese carácter de examinador y juez de las cualidades que deben tener los Obispos.

Desde hace tres años, tiempo que los progresistas llevan en el poder, un secretario notorio, que ha sido primeramente ministro de Justicia y Cultos y que ahora es jefe de un grupo parlamentario, Estanislao Mancini, se ha opuesto constantemente á la concesion del «exequatur», y ha llevado su odio hasta el extremo de procesar á los Obispos que no habian obtenido el «exequatur», y de amenazar al gobierno, cuando no era ministro, con una violenta oposicion si se hacia algo en favor de los Obispos.

Cairolí y Humberto han sufrido la presion de Mancini; pero ahora parece que el nuevo ministro Taiani intenta sacudir el yugo y volver á la legalidad.

Ya ha hecho que Humberto concediese el «exequatur» á varios Obispos de Sicilia y al de Verceli. A pesar de esto, con el arzobispo de Chieti se siguen las inspiraciones del grupo Mancini, porque este ministerio ve que el terreno vacila bajo sus pies, y no sabe á qué lado volverse para no ser derrotado.—V.

El 20, en la sala del Consisterio, fueron recibidas por Su Santidad gran número de personas distinguidas, extranjeras en su mayor parte.

En ese mismo dia se inauguró solemnemente en Génova el Congreso católico regional ligúrico, á presencia del señor arzobispo de Génova, de los obispos de Tortona, Savona, Ventimiglia y Alben-

ga. El presidente del Comité regional, despues de saludar á los allí reunidos, presentó á las personas que componen la presidencia.

El arzobispo de Génova pronunció un notable discurso, en que hizo constar la importancia de los Congresos regionales, cuya reunion desea el Padre Santo; añadió que el magnifico comienzo del Congreso genovés es una respuesta á los católicos indiferentes, tímidos ó desanimados, y anunció la bendicion concedida por Su Santidad, que fué acogida con los gritos «¡Viva Leon XIII!»

VARIETADES.

CÁNTICO DE LA MEJOR POETISA, LA VÍRGEN MARÍA.

(Traducción del *Magnificat*).

Ensalza y engrandece
Al Señor amoroso el alma mia,
Y mi espíritu crece
Con inmensa alegría
En Dios, mi bien, mi paz, salud y guía.

A mí, su esclava indigna,
Dirigió bondadoso su mirada
Favorable y benigna:
Y por esto, admirada,
Me dirá toda gente *Afortunada*.

Porque muy grandes cosas
Se dignó obrar en mí benignamente,
Y muy maravillosas,
El que es Omnipotente,
Y cuyo nombre es santo y excelente.

De unas generaciones
A las otras se extiende su clemencia,

Llenando de sus dones
Su gran magnificencia
A todo el que le teme y reverencia.

Ostentar se ha dignado
De su potente diestra los portentos,
Habiendo así borrado
Los soberbios cimientos
De quien formaba altivos pensamientos.

Injustos poderosos
Ven sus perversos solios derribados,
En tanto que dichosos
Se miran exaltados
Los humildes, y en trono sublimados.

Él á sus pequeñuelos
Hambrientos liberal ha enriquecido
De bienes y consuelos,
Y al rico entumecido
Ha dejado infeliz y desvalido.

A su pueblo querido
Israel, su fiel siervo, amablemente
Cual suyo ha recibido
Para serle clemente
Con gran misericordia eternamente:

Segun lo prometiera
A nuestros generosos ascendientes,
Y las promesas viera
Abrahan permanentes
Hasta sus más remotos pretendientes.

L. B., monje de *Montserrat*.

CULTOS RELIGIOSOS.

El domingo, á las nueve, en la Colegial misa conventual con sermón á cargo de D. Casiano Quiles, canónigo magistral de la misma. Hoy se publica la Bula.

En Santa María, tércia y misa mayor, á las nueve.

En Ntra. Sra. de Gracia, á las ocho, misa de renovacion.

En las Capuchinas, funcion al Sagrado Corazon de Jesús, la que debió celebrarse en el primer viernes de este mes. Por la mañana, á las ocho, comunión general de los asociados, y misa cantada con exposicion del Smo. Sacramento. Por la tarde, á las cuatro, los devotos ejercicios de costumbre, en honor del deifico corazon.

En las Agustinas, último día de las cuarenta horas, por la mañana misa mayor y por la tarde, á las cuatro, meditacion sermon, siendo orador D. José Carratalá, teniente cura de San Nicolás, letania, crédidi y bendicion.

Lunes.—En las Capuchinas principia el Tríduo á Jesús Sacramentado. Todos los días, á las ocho de la mañana, se descubrirá el Santísimo, cantándose la misa á continuacion. Por la tarde, á las cuatro, darán principio los actos religiosos, estacion del Santísimo, meditacion, sermon, triságio, letanías, crédidi y reserva, dándose en el último día la bendicion, siendo oradores en dichos días los señores D. Vicente Morell, regente de la Misericordia, D. José Carratalá, teniente cura de San Nicolás y D. Enrique Farach, sochantre de Santa María.

Jueves.—En Santa María dará principio el tríduo. Por la mañana, á las nueve, se descubrirá á Su Divina Majestad y se cubrirá despues de la misa mayor, y por las tardes, á las tres y media, se cantarán completas, sermon, letania, crédidi, y el último día bendicion, siendo oradores los señores D. Rafael

Amat, capellan de la Beneficencia, don Antonio Llofriu, vicario de dicha Parroquia y D. Enrique Farach, sochantre de la espresada.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho y en Santa María á las nueve, misa de renovacion.

FLORES DEL CIELO.

La doctrina cristiana explicada á los niños por medio de imágenes, por D.^a Pilar Pascual de Sanjuan, con aprobacion de la autoridad eclesiástica.

PRIMERA SÉRIE.—*El Padre Nuestro*, con 8 láminas.—*El Decálogo*, con 10 idem.—*Los Sacramentos*, con 7 id.—*La Salve*, con 8 id.—*El Credo*, con 8 id.—*Obras de Misericordia, corporales*, con 7 id.—*Obras de Misericordia, espirituales*, con 7 id.

SEGUNDA SÉRIE.—*Los pecados capitales*, con 7 láminas.—*Las Virtudes*, con 7 id.—*Las Bienaventuranzas*, con 8 idem.

Los pedidos se dirigirán á los editores, Juan y Antonio Bastinos, Barcelona.

ADVERTENCIA.

Con el objeto de regularizar la administracion, rogamos á nuestros abonados se sirvan enviar las cantidades que adeudan por la suscripcion á este periódico hasta fin de Diciembre último.